





Amada y perdida



Amada y perdida

Susie Boyt

Traducción de Magdalena Palmer



MUÑECA INFINITA

Título original: *Loved and Missed*
© Susie Boyt, 2021

Primera edición en Muñeca Infinita: septiembre de 2024

© Muñeca Rusa Editorial, S. L. U., 2024
Calle del Barco, 40, 3.º D ext.
28004 Madrid
editorial@munecainfinita.com
www.munecainfinita.com

© de la traducción: Magdalena Palmer, 2024

© de la imagen de cubierta: *Hannah II*, Sasha Hartsliet y The Everard Read Gallery

Diseño de colección y cubierta: Juan Pablo Cambariere
Maquetación: Carmen Itamad
Edición y corrección: Esther Aizpuru

ISBN: 978-84-128171-4-0
Código BIC: FA

Impresión: Kadmos

Depósito legal: M-8620-2024

Impreso en España

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

Para Mary y Cecilia



*Te perdono, Maria,
las cosas nunca serán igual,
pero te perdono, Maria,
aunque creo que fue culpa tuya.
Te perdono, Maria,
nunca podré olvidar,
pero te perdono, Maria.
Recuérdalo, por favor.*

STEVIE SMITH



1

Esa noche me visitaron algunos viejos fantasmas, un solemne desfile con bufandas y abrigos. Todavía pensaba en ellas —Christine, Sarah, Fran— como «las chicas»; habíamos sido un grupo muy unido, nos cachondeábamos a conciencia unas de otras, nos hacíamos confidencias en la parada de autobús vestidas con nuestros jerséis de cuello en pico de Courtelle, llenas de vida, fanáticas del rímel, algo intrépidas, desesperadas por trasgredir.

Christine reinaba sobre nosotras: resplandeciente en presencia física y en personalidad. Su apariencia recordaba a Blanca-nieves, con un carácter más turbulento —mordaz, inteligente y lista, muy lista—, y siempre resultaba sorprendente caerle bien, alarmante incluso, pese al privilegio que eso suponía. Una vez usé delante de ella la palabra «traidora», que tampoco es para tanto, y me arrepentí durante semanas, y eso que está

en el diccionario. Se ha ablandado un poco. Su sarcasmo se ha desvanecido. Hace treinta años su marido, Luke, la dejó con dos niños pequeños para sorpresa de todos, y nueve años después le escribió una carta en papel azul pidiéndole volver a casa, sin más.

No nos habíamos visto en años, pero me llamó y quedamos para hablar de ello. Pese al frío y el viento quiso andar, le parecía que el ritmo de los pasos la ayudaría a aclarar las cosas; eso y la luz vigorizante. Llevé un cuaderno de ejercicios y dos lápices afilados y nos sentamos en un banco de listones rotos en Finsbury Park, con nuestras rodillas rozándose. Christine se había vestido para la ocasión —botas de caña alta color vino y un bonito impermeable que ondeaba al viento— y escribimos dos columnas, una para el sí y otra para el no. No contribuí demasiado. No estaba segura de dónde encuadrarme. Pero asentí lealmente de vez en cuando, me esforcé para no echar sal en la herida. Nos fue muy fácil rellenar la columna del no —ponía cebolla cruda en la ensalada, desmontaba su bicicleta sucia en la mesa de la cocina, y eso no era ni la mitad—; sin embargo, aceptó que volviera. Un error, pensé, cuando la confianza se había perdido. Lo había hecho una vez, dijo Christine, bueno, tres veces que ella supiera. Era la clase de hombre para quien la vida cotidiana implica una serie de evasiones; los secretos y ocultar cosas eran en él un acto reflejo, sutiles trucos de desaparición. Valoraba tanto su intimidad que ni siquiera le gustaba que le preguntasen cómo estaba.

—¿Te lo has encontrado alguna vez por ahí? —me dijo Christine.

—No. —Negué con la cabeza.

Una vez él me dijo que le horrorizaba la vida que no había vivido, lo que solo podía traducirse como desdén por las ata-

duras domésticas. Pero tenía una forma pasmosa de hacerte sentir más interesante, en cualquier momento del día. Conmovido por la generosidad de Christine, sintiéndose afortunado y agradecido de que le permitiera volver, pasaba gran parte de su tiempo libre planeando actividades que hicieran felices a su mujer y sus hijos. Christine era pintora, y ahora que sus hijos habían dejado el hogar podía pintar todo el día, a veces toda la noche, enfundada en un mono azul marino machado de pintura. Además era una pintora de las buenas, aunque me preocupaba que sus cuadros tuviesen una intensidad forzada. Que no tratasen de nada. Exponía más o menos cada tres años. Tal vez eso sea malévolo por mi parte. A veces yo podía ser malévola.

Sarah y Fran seguían siendo íntimas amigas y vivían en calles adyacentes. Fran trabajaba, y mucho, en una editorial infantil; era independiente, concienzuda y precisa. Siempre la había visto sin pareja. Ahora estaba escribiendo una novela —sobre la vida sexual de sus padres, al parecer—, «pero no puedo contar más», me dijo, como si yo no fuera lo bastante madura para ese tema. Sarah era más suave, de aspecto caótico, generosa. Últimamente vivía con Geoff —que era demasiado ruidoso y afable para mi gusto; un cocinero increíble, aunque él no alardeaba— y hacía poco había dejado la enseñanza. Quería un segundo acto, me dijo, y había abierto una tienda diminuta en la esquina de un mercado de antigüedades, de dos por dos metros, con una terrorífica escalera metálica de caracol y un altillo más pequeño si cabe. Allí Sarah vendía ropa antigua: camisones blancos victorianos, chaquetas de punto con cuentas, vestidos floreados de seda y crepé de los años treinta y cortinas de encaje que a veces convertía en trajes de novia de estilo eduardiano. Ella lo consideraba un entorno romántico

que proyectaba una pálida luz dorada en comparación con las sombras grises de la pizarra, que no favorecían a nadie. Sin embargo, ahora pasaba cada segundo de su tiempo libre remendando en lugar de corrigiendo, lo cual era heroico y femenino sí, pero ¿implicaba algún progreso? Yo no estaba convencida.

No estaba segura de lo que dirían de mí. ¿Alta, de pelo castaño, desesperada? ¿Afirmarían que obligada a ser valiente había tenido que curtirme?

Nos habíamos sentado en mi salita, distribuidas entre las butacas verde mar y el viejo sofá azul, susurrando mientras Lily dormía en la habitación contigua. Cuando nadie hablaba, se podía oír su respiración. Me encantaba oírla dormir porque sonaba como si estuviera inhalando vida. Todas querían noticias de Eleanor, o al menos preguntaron por ella, pero yo nunca sabía qué decir. «Sigue como siempre», respondía evasiva algunas veces, o con ironía: «Bueno, ya sabéis», pero era difícil dar con el tono adecuado. Hace unos años cometí un error y les dije a sus oídos ansiosos: «Está estable», pero me refería a que no me constaba ningún deterioro reciente, y eso no es el significado exacto de «estable». Al principio lo tomaron como una declaración de mejoría y me dedicaron amplias sonrisas comprensivas y felicitaciones con los ojos empañados, pero ninguna volvió a insistir cuando se dieron cuenta del malentendido. A veces me preocupaba que mi tristeza les pareciera insuficiente o que pensarán que me había faltado valor. Siempre percibía cualquier enrarecimiento del ambiente: inquietud, juicios, una extraña presión anárquica que me endurecía.

Flotaba en el aire la idea de que tener a Lily compensaba de varias formas la pérdida de Eleanor. Cuando, a través del monitor, la escuchaba asimilar su día en forma de cómicos

murmullos mientras yo me sentaba a corregir en la mesa de la cocina, sí que había una especie de luminosa perfección entre nosotras dos. Yo siempre sonreía porque cuanto más cansada estaba Lily, más internacional sonaba su monólogo. Pero si Lily llegaba a creer que era su trabajo repararme, entonces yo habría fracasado por partida doble.

—Menos mal que tienes tus clases —dijo Christine, dijo Sarah, dijo Fran.

¡La conocida panacea! (Era exactamente lo mismo que me dijeron la última vez que nos vimos, hacía un par de años). Serví copas de un vino de color pajizo. Mis antiguas amigas del colegio ya tenían cojines en la espalda, vasos de agua, aceitunas verdes rellenas de láminas de almendra y brillantes tiras de pimiento rojo en conserva. La rebeca azul claro que estaba tejiendo para Lily yacía con los brazos extendidos al lado de mi butaca. Me di cuenta de que cuando estaba con mis amigas intentaba ser más cariñosa. Tal vez necesitaba hacerles saber que Eleanor había tenido cosas valiosas que había desperdiciado, que eligió desperdiciar. Esa es una de las cosas difíciles de la personalidad: para transmitirla con eficacia siempre hay ese ligero aire a actuación que enturbia las cosas. Necesitaba que me vieran bajo una luz compasiva. O quizá fuese solo que estaba muy cansada.

—Esta semana he visto algo, pero no sabía si mencionarlo —estaba diciendo Christine.

—¿Sí?

—Quiero decir que no es gran cosa, pero... no sé. Olvídalo. No tendría que haber dicho nada.

Eso no lo podía soportar.

—Ahora tendrás que decírselo —murmuró Sarah.

—¿Es algo malo?

—No... no. No es malo, no es que sea malo.

—¿Puedes contarlo?

—Bueno, volvía andando de Sainsbury's y pasé por la parada del metro, y ya sabéis que fuera suele haber gente de la calle bebiendo, vagabundos y cosas así, y había un grupito sentado junto a la boca, con sacos de dormir y trastos por todas partes, botellas y envases, mantas, leche, cigarrillos, había una caja de cereales, creo, y había un pequeño cartel para pedir dinero, y uno de ellos tenía un gran perro, y otro tenía una guitarra, y otro, otra, era Eleanor.

—Ah.

—Quiero decir que parecían bastante alegres. A su manera.

—Haces que suene casi..., cómo se dice, picaresco.

Pensé en una vagabunda a quien saludaba a menudo, que abrazaba sus descabelladas posesiones como si fueran su familia.

—No, no es eso.

—No no. Era..., lo he dicho en broma.

—Fue complicado, no la veía desde hacía años, y estaba cambiada, y cuando la vi no supe cómo...

—Te impresionó. Claro. Es comprensible. —Intenté hablar con suavidad, pero me costó.

—Me impresionó bastante, sí. Casi parecía como si...

Me horrorizaba que la gente utilizara un lenguaje figurado en esa coyuntura. «Era como una bonita prenda estropeada por un mal lavado». «Su cara era un mapa de días destruidos», o frases parecidas. «Un templo en ruinas», esa me resultaba insoportable. Algo improvisado a partir de un soneto mediocre de Shakespeare. Eleanor siempre había sido muy guapa y me parecía excesivo que la gente estuviera encantada de que ya no

fuera así. ¿Era algo que les había molestado en el pasado? (Sí es cierto que Eleanor había mostrado siempre ese distanciamiento que puede acompañar a la belleza). Una de ellas dijo en una ocasión que parecía «al borde de la neumonía», como si fuera una observación relevante. Sabía que no tenía que darle importancia a esas cosas.

—Lo lamento —dije simplemente—. Lo siento, debió de...

—No no no —me dijo ella—, no pretendía, en ningún momento, que tú tuvieses que...

—No pasa nada. De verdad. Es solo que... —Me mecí en la silla y noté las lágrimas, pero no eran especialmente vehementes. Había algo sensato en ellas.

—¡Ay, Ruth! Te he hecho llorar. ¡Qué horror!

—Por favor, no te preocupes. Es solo..., es solo química. —Me tapé los ojos con los nudillos.

—No sé si hice bien o mal —siguió diciendo Christine—, pero me acerqué y le di un beso en la frente, y no olía mal ni estaba sucia como los demás ni nada de eso, pero ahora tiene el pelo más fino y ralo, ya sabes, como con un aspecto triste, y se le veía el color del cuero cabelludo, una especie de rosa crudo, y perdóname si hice mal, pero le di un billete de diez. Es que no pude contenerme.

Eso me dejó algo descolocada.

—Gracias —dije sinceramente agradecida.

No sabía que todavía podía sentirme agradecida; se antojaba tan anticuado, casi antinatural, poco cauteloso y perteneciente a una parte de mi vida que había desaparecido. Cuando Eleanor tuvo la varicela, mojaba un bastoncillo de algodón en la loción de calamina, pintaba pequeños pétalos rosas alrededor de los granitos, unía los puntos con hojas y enredaderas de filigrana

por su cuerpo febril, veía cómo las flores se secaban hasta volverse de color blanco tiza. Esa fue una época auténtica. Cerré los ojos un instante. No me importaba el dinero, pero sí que su pelo, inocente a su manera, hubiese sufrido esa dura condena.

De pronto había mucha tensión en la salita. Era evidente que nadie quería decir o sentir nada sin mi permiso tácito. Mis amigas sabían que podía encontrarme en un punto crítico. Era una sensación de intimidad casi asfixiante, esa pequeña habitación palpitando por nuestros nervios femeninos en tensión y mis antiguas amigas del colegio allí sentadas, bañándose en un delicado sentimiento de compañerismo, o intentándolo, o no intentándolo, era tan difícil saberlo. A Sarah se le había escapado una lágrima y se la limpió con la uña del pulgar dejando un breve rastro carmesí. Yo no quería cosas así.

Era un día de octubre desabrido, inestable. El sol estaba bajo e informe. La luz empezó desaparecer por completo y vi el resplandor de las farolas a medida que se encendían, una a una. Vergüenza. Arrepentimiento. Tristeza. Al día siguiente se atrasaban los relojes. La alegre carrera hacia la Navidad. No sabía cómo iba a mantener el ánimo, los desorbitados niveles de orgullo que mi vida parecía exigir. Eso, o ninguno en absoluto. En la calle dos niñas habían atado una cuerda alrededor de una farola y una saltaba a la comba mientras la otra hacía girar rítmicamente el otro extremo. *Tarta de manzana y limón, dime el nombre de tu amor. A, B, C, D...* De pronto se oyeron gritos, el portazo de un coche, y vi a una mujer joven con un vestido corto de color negro que corría calle abajo, chillando de risa, su bolso blanco ondeando al viento.

—¿Qué podemos hacer? —suplicó Sarah—. ¿Qué podemos hacer por ti, Ruth?

No entendía que su necesidad de ayudarme fuese mi problema. Fantasé con una insurrección salvaje, pero me limité a sonreír.

Justo entonces Lily entró dando traspiés, heroica con su pijama azul y blanco, los párpados rosados y bordeados de legañas amarillas por las horas de sueño, los rizos aplastados. Parpadeó, asimiló la presencia de las mujeres casi como si fuera un sueño y se llevó la mano a los ojos —un gesto que recordaba a la Garbo, un asombroso ademán de cine mudo— antes de subirse a mi regazo. Todas las largas extremidades que parecía tener, seis o nueve, se aferraron a mí como si fuese un koala y yo un árbol, no exactamente eso, pero hubo una declaración en sus movimientos de que yo era, mi cuerpo era, su hogar, su hábitat natural. Si entonces me hubiesen dicho que ella había salido de mí, lo habría creído.

Me quedé sentada, totalmente inmóvil, ante lo que me pareció una lealtad tremenda. Estaba segura de que las mujeres ahí reunidas de pronto sentían celos de una forma que hubiera sido inconcebible unos minutos antes. Por un momento, mi vida no pareció destrozada.

Se marcharon y seguí un rato más sentada en la penumbra, con Lily todavía acostada en mi regazo y una rotunda oleada de gratitud en el cuerpo. Cerré los ojos, apaciguada por la calma cálida que me transmitían sus brazos y sus piernas, y empecé a soñar despierta. Recordé vestigios de la Navidad de hacía unos años, especialmente tensa. Sin embargo, ahora los objetivos habían cambiado, las expectativas se habían ajustado a la baja, de forma más realista, y aquel día extraño parecía como una de esas viejas fotografías que desechamos porque en ella parecemos amargadas, o feas o perturbadas, pero al encontrarla de nuevo

unos años después en un paquete de viejas cartas cuánto daríamos por ser así ahora.

Eleanor no había querido verme durante las fiestas —hace tres años de eso—, pero accedió a que diésemos un paseo la tarde del 25 de diciembre.

—¿Qué tal un picnic? —propuse, y como ella no me mandó a la mierda sugerí Regent's Park, un lugar digno para la ocasión: a veces hacen falta cisnes, un lago y un pabellón—. ¿Te recojo a eso de la una y vamos para allá?

Pero me dijo que nos viéramos en una modesta franja de hierba cerca de una calle principal, a pocos minutos de donde vivía en Holloway.

Era un día nublado, obstinadamente anodino, con una luz grisácea y descuidada que lo cubría todo. Para mí era normal despertarme sola la mañana de Navidad, pero de alguna forma, de ser sincera, me hería el orgullo. El parque tenía un par de arbustos polvorientos y tres bancos de madera, uno de los cuales pertenecía también a la parada de autobús vecina; aquello era más bien una isla de tráfico con ínfulas, sin apenas árboles y de aspecto peligroso. Claramente un sitio que evitar de noche. Cuando llegué, Eleanor estaba sentada en la parada de autobús con Ben, poco abrigada para el frío, el pelo largo y brillante esparcido sobre los hombros como finas tiras de oropel bajo la luz lúgubre, los dos mirando a su alrededor con aire expectante, como si nadie les hubiese dicho que no hay autobuses el día de Navidad. Ben sonrió; tenía un optimismo ligero y tosco que parecía casi festivo. Se levantó y me saludó con un beso, afectuoso con el universo. Era la tercera vez que nos veíamos, y por su gesto presentí que Eleanor no lo había puesto aún en mi contra.

—¡Feliz Navidad! —exclamé, y los dos sonrieron como si les hubiese hecho un cumplido exagerado. Indiqué que podíamos aventurarnos al interior del parque (por qué no, era Navidad, a fin de cuentas) en lugar de quedarnos en un banco junto a la calle.

Me siguieron, pero Eleanor se sentó enseguida en otro banco, como si fuera muy mayor o le doliesen las articulaciones.

—No tenemos mucho tiempo —dijo.

—No pasa nada, cariño.

Estaba muy pálida.

Mientras buscaba el termo de café, lo servía en tres tazas de esmalte blanco con bordes azules y añadía leche —leche caliente— de un recipiente más pequeño, tuve la sensación de que estaba interpretando algo o a alguien. Me sentí ridícula cuando le entregué a Eleanor su calcetín, como si buscara llamar su atención, casi como un exhibicionista.

—¡Mamá! —gritó, pero parecía contenta.

En lugar de abrirlo, lo sostuvo cerca del pecho como si fuese una pequeña mascota. Sentí que el papel crepé rojo de los regalos se ablandaba al calor de su cuerpo; un aro de cordel plateado se deslizó al suelo. A Ben le había comprado en la tienda de Sarah una bufanda con el tartán de la Guardia Negra; eso le gustaría a cualquiera, ¿verdad? Tenía prestancia, era una bufanda de señor, digna. Me habría gustado para mí. Ben abrió el regalo enseguida, rompiendo el papel. Parecía encantado. La bufanda era sorprendentemente elegante; se la enrolló al cuello y empezó a murmurar feliz, avergonzado, atolondrado:

—Es demasiado buena para mí.

—¡Tonterías! —le dije—. ¡No seas bobo!

Todos reímos, pero la risa sonaba peligrosa.

Me armé de valor y extendí tres paños de cocina a cuadros en el viejo banco, puse unos platos de papel dorado formando un triángulo y desarrollé los sándwiches de pavo que había preparado, la carne medio blanca y medio marrón todavía caliente, la mantequilla reluciente. Tenía relleno de castañas envuelto en papel de aluminio que desmenucé sobre la carne y unté salsa de arándanos de un tarro de café con el dorso de una cuchara. Dejé un vaso de papel lleno de brotes en el banco. Me temblaba la mano.

—Vitaminas navideñas —murmuré con ironía, pero algo en ellos parecía falso, como si estuvieran fingiendo.

Había llevado tres botellines de Coca-Cola, de los curvos —siempre me han horrorizado las cosas demasiado sanas—, y pajitas a rayas rojas y blancas por si alguien quería. Tenía una caja de seis sorpresas navideñas con estampado de petirrojos y puse dos al lado de cada plato. Había olvidado las servilletas de papel con las ramitas de acebo. Coloqué una vela alta y roja en una huevera y encendí la mecha protegiéndola en la curva de mi mano, la llama caliente en mis dedos hasta que la apagó el maldito viento. Nadie hablaba. Era muy consciente de mis pies, de pronto incrustados en el suelo duro; del aire enrarecido y gris, del vacío bajo los zapatos y sobre la cabeza, de las respiraciones irregulares. Me insensibilicé deliberadamente. Actuábamos como si aquello fuese completamente normal, como si celebrásemos la comida de Navidad el día del fin del mundo.

Empezó a lloviznar y la tensa celebración comenzó a marchitarse. Pensé en la mesa de mi piso, las blandas butacas, el hipnótico fuego de carbón. Ben comió un poco pero Eleanor no iba a probarlo, me lo figuraba. Tenía un apetito errático, como tantas chicas jóvenes empeñadas en anularse. Nuestra cita

ya le había parecido extravagante. Un fragmento de villancico se me formó en el fondo de la garganta, seis notas enérgicas que ascendían rápidamente. No recordaba la letra. Ah. *Que nada te desaliente.*

Ben dejó su sándwich: tres mordiscos con forma de media luna. Ya había agotado toda su cortesía y solo quedaba una impaciencia creciente, una hostilidad nerviosa que iba en aumento, rápidos intercambios de miradas entre ellos, destellos de desprecio. Un par de veces me pareció que Eleanor estaba a punto de soltarme alguna mordaz verdad doméstica, la guadaña de su boca afilándose contra mí. Saqué una cajita de delicias turcas (¿por qué lo hice?), levanté la tapa de madera de balsa con letras de color verde manzana y retiré el papel de aluminio, que estaba empolvado en el dorso como el envoltorio de un paquete de cigarrillos. Debajo había una lámina de papel encerado blanco y después, ordenados en colores suaves, cuadrados rosa y amarillo limón apretujados, onces filas perfectas y perfumadas. Rosa amarillo rosa amarillo, bajo una fina capa de azúcar glas mezclado con almidón de maíz, textura de nieve seca. Los dos negaron con la cabeza, cómo no. Y entonces ya no se me ocurrió nada más, mi bolsa de trucos estaba vacía. El momento se volvió cada vez más frágil. A mi alrededor apenas había verde, la hierba vieja estaba embarrada y sucia, con paquetes de tabaco, colillas y latas. Las escasas plantas parecían mutiladas y abandonadas a su suerte. Mantuve una leve sonrisa todo el rato, mientras sentía que quizá esa fuese la celebración más triste de mi vida.

He conocido mayores tristezas desde entonces, por supuesto, y en mi tortuosa memoria aquella desolada reunión, vista desde según qué ángulos agudos, también tuvo su burda

elegancia, como la portada de un disco clásico o el fotograma de una querida y lúgubre película europea: la cautelosa mujer mayor que, con extraña determinación folclórica, organiza una frágil comida navideña. Las siluetas cauterizantes de los árboles desnudos... cosas así. Supe que los aburría con mis anticuadas intenciones y convenciones; la pareja frágil, hermosa y misteriosa —islas remotas—, resistía, consentía, rehuía, ignoraba, soportaba. Claro que los recuerdos siempre cambiaban un poco cada vez que los recuperaba; hay que aplicar ajustes pequeños y grandes a las proporciones en la medida en que sirven a nuestros propósitos, o nosotros a los suyos. Pero fue un día muy duro.

Nos despedimos. Ahora tenían la mirada vidriosa de aburrimiento. Eleanor apartó la cabeza cuando fui a besarla, así que solo conseguí un bocado de pelo. Si alguien me preguntaba con poco o demasiado tacto: «¿Has podido ver a Eleanor estas fiestas?», al menos podría responder sinceramente que...

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Te digo algo?

—Claro.

—Voy a tener un bebé —me dijo—. Una niña.

Vi un súbito brillo en sus ojos y la abracé.

—¿Qué necesitas?

2

La mañana del bautizo metí el Sickert en una bolsa de Sainsbury's y se lo llevé a un hombre en Bond Street. Nos quedamos uno frente al otro mientras yo murmuraba algo formal e incoherente. Estábamos en un oscuro café italiano, vacío en sus tres cuartas partes. Doce mesas relucientes con forma de rombo y efecto palisandro, no mucho más anchas que una tabla de planchar, y Elvis cantando sin parar sobre oportunidades perdidas.

Estaba nerviosa. Me sentía a la deriva, como una náufrega. El hombre retiró el papel marrón que envolvía la pintura, apretó los labios, hundió los hombros. Estaba preparándose para la decepción, era evidente. Me fijé en su gesto hipócrita por si en un futuro podía serme de utilidad. El hombre era enjuto, de torso débil, con una marchita palidez dickensiana. Manchas de nicotina en los diez dedos. Pelo alborotado.